
Gerardo Estrada*

CIENCIAS POLITICAS
en los años sesenta

Uno siempre se recuerda como quiso haber sido y no como realmente fue pero el presente ayuda a aclarar cuán grande es esa distancia. En 1964, cuando ingresé en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales todavía todo el mundo creía en algo. El escepticismo y la desconfianza no habían invadido aún la sociedad mexicana y menos a los jóvenes de entonces.

Quien mejor ha descrito lo que éramos y hacíamos, pero sobre todo lo que pretendíamos ser fue Vilma Fuentes, quien por esos años publicó un ensayo titulado *Los Jóvenes*, que era de una pretensión absoluta y nos contemplaba a todos como apasionados lectores de Sartre, Marx, Kerovac, Freud; cinéfilos arrobados ante la “nouvelle vague”; espectadores fascinados ante Héctor Mendoza, Juan José Gurrola, Héctor Azar, etcétera; asiduos asistentes a librerías y a la Casa del Lago; atentos escuchas de Eduardo Mata y una maravillosa Sinfónica de la Universidad en el atestado auditorio Justo Sierra. Ahí estábamos los estudiantes de Filosofía, Ciencias Políticas, Economía, retratados sobre todo como queríamos ser, como nos imaginábamos o deseábamos que se nos viera. La confianza en la razón, en el conocimiento, ese extraño e ingenuo mesianismo que padece todo universitario mexicano, se apoyaba en la certeza —heredada seguramente del positivismo— de que

*Licenciado en Sociología, fue secretario de servicios escolares de 1970 a 1975, durante la administración del licenciado Víctor Flores Olea. También, se ha desempeñado como director de Difusión Cultural de la UNAM y como director de Radio Educación. En la actualidad, es director de la Casa de México en París.

el mundo tenía claves; era algo a descifrar, a aprender; con ello y la imaginación, con capacidad creadora pensábamos poder transformar ese pedazo tan pequeño y tan grande que es nuestro país.

Una versión más fría y más supuestamente “científica” de la realidad de los jóvenes en esa época la dan Margarita Susan y Gabriel Careaga en un ensayo publicado en *Mundo Nuevo* en 1967, (revista magnífica sobre la cual cayó más tarde la acusación –nunca probada– de ser organismo de la CIA) que se llamaba “La Ideología del Estudiante Universitario”. En este artículo se evidenciaban las contradicciones de quienes, miembros de una todavía muy holgada y en expansión clase media, intentábamos pensar y “cambiar” el mundo sin perder nuestra cómoda situación de vida. Dispuestos al heroísmo revolucionario (siempre y cuando se respetaran las garantías individuales) teníamos la seguridad de que, de una u otra manera, el ascenso social nos estaba garantizado y nos proporcionaría una vida familiar más flexible pero fincada aún sobre el mismo modelo: privada, modesta, en la que la cultura adquirida en la Universidad significaría nuestro mejor seguro de vida.

La realidad social de aquel entonces era angustiante e incierta. Las consecuencias negativas del desarrollo económico fundado en el modelo desarrollista se empezaban a sufrir por la clase media. Ya no era solamente el movimiento obrero que en 1958 salía a la calle y era reprimido, sino otros grupos sociales los que comenzaban a sentir las consecuencias: los médicos en 1965, los habitantes de las ciudades de provincia que crecen y expresan su descontento votando contra el PRI y exigiendo la democratización del partido y ven en Carlos A. Madrazo una esperanza. Son sobre todo los estudiantes quienes aparecen en esos años como los actores de los conflictos: Hermosillo, Villahermosa, Morelia, Monterrey, en una cadena aparentemente interminable, que sólo hallaría su fin en Tlatelolco en 1968.

Antes de eso, en Ciencias Políticas, la afirmación de que los jóvenes éramos “la esperanza de México, el futuro grandioso del país”, parecía algo más real que retórica pueblerina. Recuerdo los pasillos y los patios de la Facultad limpios, llenos de propaganda política y cultural, de volantes; una cafetería siempre colmada de profesores y alumnos, hablando, discutiendo, planeando y cambiando el mundo con alegría y entusiasmo. Frente a otras escuelas como Economía o Filosofía, Ciencias Políticas me sorprendía porque sus baños estaban limpios y no había pintas en las paredes, contra toda tradición mexicana. Físicamente Ciencias Políticas parecía más un jardín de niños que una escuela universitaria.

No era la imagen bobalicona e inconsciente de los universitarios frívolos y festivos únicamente, era la alegría de sentirse parte de la his-

toria... Por aquellos días en que se comenzaba a hablar de los “cronopios” y “famas” de Cortázar, todo alumno de Ciencias Políticas se sentía un “cronopio” mexicano con calidad de exportación, pues todos, o casi, concebían el futuro de la vida universitaria como una continua beca en el extranjero o una aventura “guerrillera” en Sudamérica o África. Además, y esto es muy importante, era la época de los Beatles. Todos, de una manera u otra, seguiríamos el destino de este maravilloso grupo.

Asimismo nos tocó el momento más vital y cautivador de la Revolución Cubana. Aún vivía el Che Guevara y su imagen no era todavía “poster” de supermercado. El conflicto chino-soviético, en lugar de cancelar las esperanzas en el socialismo significó la apertura de un nuevo camino: el maoísmo, más pleno, menos burocratizado y aparentemente más cercano a un país en que en aquel momento tenía más del 50 por ciento de su población en el campo. Los hippies alegraban las calles del Primer mundo ofreciendo flores y en México disfrutábamos la minifalda.

A pesar de que mi generación fue la primera masiva (éramos 200 al ingresar a la Universidad), todos nos conocíamos y la comunicación intergeneracional era fácil.

Los maestros de entonces eran muestra de un grupo brillante que había hecho de las ideas y la práctica política una sola cosa. Presidida la Escuela por Pablo González Casanova, quien en 1965 publicara *La Democracia en México* y terminaba un segundo periodo al frente de su Dirección, se habían incorporado a ella un equipo excepcionalmente brillante de catedráticos: Francisco López Cámara, lúcido e irónico, pleno de sentido del humor, que producía angustias a muchos cuando opinaba que la “sociología no era ciencia...”, había formado parte del grupo “Hyperion” al que también pertenecieron otros maestros universitarios famosos de la época: Luis Villoro, Ricardo Guerra, Leopoldo Zea, Jorge Portilla, Luis Uranga, entre otros. Enrique González Pedrero, polémico, nos entusiasmaba con su pasión al hablar de la historia de las ideas políticas, de Maquiavelo y su trilogía: necesidad, fortuna y virtud, y que como Director fuera testigo de la conversión de la Escuela en Facultad; Víctor Flores Olea nos sorprendía con la profundidad de sus análisis y reflexiones, expresadas en forma sencilla y clara; Arturo González Cosío quien advertía ya entonces sobre el dogmatismo marxista de algunos estudiantes y profesores. Todos ellos, junto con Luis Villoro y Carlos Fuentes, habían fundado la Revista *El Espectador* y formaban parte, también, del mítico grupo que Luis Guillermo Piazza llamara “maffia” y que incluía a Fernando Benítez, al joven Carlos Monsiváis y a José Luis Cuevas. Contra cualquier versión ellos, en realidad, pasaban el tiempo haciendo su obra, escribiendo, dando clases, y no tomando

café en la entonces todavía Zona Rosa de la ciudad de México.

Había muchos otros brillantes y discutidos maestros, pero de quienes de cualquier modo mucho se aprendía en una época en la que no había salido las malas palabras del closet... (Cfr. C. Monsiváis) para llegar a la cátedra y ser fácil recurso para sorprender a los alumnos. Así, por ejemplo, recuerdo a alguien que no tenía miedo de las “malas” palabras y sin embargo no recurría fácilmente a ellas: Rubén Salazar Mallén, con quien atravesar la franja del 8 al 10 era prácticamente imposible y cuyo conocimiento de las ideologías nacional-socialistas nunca ha sido justipreciado. O los jóvenes egresados de la Escuela que comenzaban a formar parte de los “docentes” como Fernando Holguín, Calixto Rangel, Jorge Martínez Ríos, etcétera. Pienso sobre todo en los Pozas, Ricardo e Isabel, que con infinita paciencia, generosidad y ternura nos ayudaban, nos enseñaban a comprender el mundo de los campesinos, de los indígenas mexicanos. El respeto de los Pozas por sus “objetos” de estudio es sólo comparable al que tenían para con sus alumnos. Si alguien quiere saber lo que es una vocación debería recordar a los Pozas en una práctica escolar enseñándonos como abordar un campesino, un obrero, como no intimidarlo con nuestro supuesto conocimiento de la realidad, con ese respeto por quienes a fin de cuentas —aparte de ser pueblo, la masa, el proletariado, el público— son seres humanos.

No me extraña que el dogmatismo y la pobreza intelectual de los talleres de más tarde marginara y desconociera la obra de estos maestros.

Había otros, yo no tuve la posibilidad de conocerlos entonces a todos, pero mis compañeros sí y hacían de nuestra Escuela ese mundo ancho, de diferentes estilos, ideologías, formas de ser, pensar, concebir la realidad política y social, que propiciaban que la disidencia fuera la “esencia de la Universidad” como más tarde, en 68, la definiera Javier Barros Sierra.

Esta esencia de la Universidad quedaba probada en Ciencias Políticas, por una práctica *sui generis* que uno conocía al llegar a ella: la existencia de “partidos políticos estudiantiles”.

Por una iniciativa —cuya paternidad se disputan varios, pero cuyo proyecto escrito original corresponde a Hugo Castro Aranda— la ENCPyS organizaba la política estudiantil, a diferencia de otras Facultades y Escuelas: en lugar de planillas, partidos políticos estudiantiles. Con una estructura semejante a los partidos políticos nacionales luchaban por la Asociación de Alumnos de la misma y por su Consejo General de Representantes.

Idea espléndida, pues se trataba de mantener un trabajo político permanente que condujera a la educación cívica de los estudiantes. Cada partido representaba una tendencia ideológica precisa. Así en 1964, cuando ingresé a la Escuela existían, si mal no recuerdo: el fa-

moso PES, Partido Estudiantil Socialista, donde militaban no solamente los miembros o simpatizantes del Partido Comunista, sino también aquellos que tenían afinidad con la social-democracia europea o simplemente aquellos que pensaban en la necesidad de transformar la sociedad mexicana, para hacerla más justa, más equilibrada, sin obligatoriamente pasar por una etapa violenta. Más aún, la existencia de una organización semejante en una Universidad como la nuestra, demostraba que conciente o inconcientemente un grupo significativo creía en esa transformación pacífica, en esa alternativa “reformista”. El presente de los ex-miembros del PES demuestra esa diversidad, porque si bien algunos voluntarios optaron por la búsqueda de soluciones radicales como Mario Solórzano Foppa, en Guatemala, otros siguieron luchando por esos cambios en la vida sindical, política, en la administración pública a todos niveles.

También existía el PUE, Partido Unidad Estudiantil, que luego daría lugar al PRE Partido Revolucionario Estudiantil, que obviamente aglutinaba a los militantes del PRI. Más tarde, éste devendría PEFI, Partido Estudiantil de Fuerzas Integradas, que junto con la división de la izquierda en 1968 concluyera con la organización partidista en la Facultad.

Un grupo importante, porque manifestaba algo muy real de la sociedad mexicana, lo constituía el PAU, Partido Auténtico Universitario, cuyo lema era “Barrer y construir” y usaba como insignias una escoba y una cuchara de albañil. Esta representaba a la “democracia cristiana” y en un sentido más amplio a los católicos militantes de la Escuela.

Dentro del PAU, lo mismo participaban algunos jóvenes prácticamente fascistas, miembros del MURO, grupo ultraderechista, y otros jóvenes honestos, animados por la idea de justicia social que el cristianismo contiene.

Todos estos grupos tenían un programa ideológico, que antes de las elecciones para el comité ejecutivo de la Asociación de Alumnos, era discutido por sus candidatos en animados debates presididos por un profesor. Además, existía un “Poder Legislativo” conformado por el Consejo General, representantes alumnos, uno por cada grupo-año académico, y de los miembros estudiantiles de los consejos técnico y universitario.

Todo esto entró en crisis en 1966, en la huelga que condujo a la renuncia del Dr. Ignacio Chávez a la Rectoría de la UNAM, en la que motivaciones sociales más o menos justas se unieran a mezquinos intereses de grupos y personas que más tarde en su conducta pública ratificarían su “calidad moral”.

Una parte de la “izquierda” estudiantil de Ciencias Políticas se solida-

rizaba con la demanda de preparatorianos para ingresar a la UNAM, y no comprendía por qué debía unirse a los grupos y métodos gangsteriles del grupo de la Facultad de Derecho que sólo buscaba la renuncia del Dr. Chávez. Otra, en cambio, por estupidez simplificadora o porque estaba involucrada de alguna manera, “compró” el “paquete” completo, lo que dio lugar a un enfrentamiento en la Escuela. Incluso en el interior del PES hubo algunos golpes entre hoy distinguidos dirigentes políticos y ahí se inició la decadencia del modelo partidario.

Mucho tenía de romántico dicho sistema, con sus activas campañas, debates, sus largas y pacíficas esperas de los resultados electorales, pero funcionaba, enseñándonos mucho sobre estos menesteres que son nuestro objeto de estudio.

Debe señalarse que la mayor parte de las elecciones siempre las ganó el PES y que sólo su división permitió a otros grupos triunfar. La mayoría de los miembros activos del PES son hoy altos funcionarios o dirigentes de grupos y partidos políticos. En su tiempo, fueron parte del grupo más inquieto, informado y activo de nuestra Escuela.

La vida cotidiana de la Escuela tenía lugar en sus aulas, en sus pasillos pletóricos de “minifaldas y grillas”, en su animada cafetería a la que acudían “ligadores” de todas las especies y las más guapas alumnas de Ciencias y Filosofía.

En ese tiempo visitaron nuestra Escuela los intelectuales más brillantes de la época en Ciencias Sociales: Herbert Marcuse, André Gorz, Serge Mallet, Fromm, Wright Mills, Fernando Henrique Cardoso, a quienes posteriormente seguirían Rossana Rosanda, Magri, Colleti, Leszek Kolakowski, K.S. Karoll, etcétera.

Recuerdo que un radical líder trosquista de entonces y de hoy, reclamó a Enrique González Pedrero, director en esos momentos, “haber invitado” a un “viejito reaccionario, neoliberal e ideólogo neocapitalista”, refiriéndose a Herbert Marcuse.

Los Cursos de Invierno y Verano de Ciencias Políticas atraían a cientos de estudiantes que abarrotaban el Auditorio de Ciencias. Estos cursos contribuían a ponernos en contacto con lo último del pensamiento social y político de todas partes del mundo y nos permitían el privilegio del debate directo, personal.

En ese tiempo todavía existían los “grupos piloto”, ensayo experimental que seleccionaba a un grupo pequeño para darle atención específica, con nuevos métodos, cuya integración dependía de un examen de admisión. Grupos acusados de elitistas de los cuales surgieron algunos brillantes egresados, pero que irremediamente sucumbieron ante el ingreso masivo de años más tarde. El valor del experimento queda relativizado porque muchos de los que no se inscribían en él, era más por

razones de carácter económico que académico, pues se requería ser estudiante de tiempo completo.

Todo este mundo cambió en 1968. Quienes insisten en no querer reconocer las consecuencias profundas de 1968 en la sociedad mexicana, ocultan una de las evidencias más grandes de la historia nacional reciente. México no es igual después de ese año y la Universidad mucho menos.

Consecuencia u origen: la masificación de la Universidad, significó la politización profunda de todas sus actividades, no porque antes no se hiciera política en la UNAM, o porque antes ésta estuviera alejada de la "realidad" nacional, pues quizás antes la Universidad estuvo más ligada al cuerpo social, incluso por su integración física en las ciudades (no es lo mismo el "ghetto" de San Angel que la Plaza de Santo Domingo) y porque el profesor de tiempo completo tiende a veces a distorsionar una realidad que no vive constantemente como el profesor-médico, abogado o ingeniero por horas. La politización nace de la conciencia real o falsa, según los casos, de que todo quehacer intelectual, académico, forma parte del proceso por la lucha del poder de clases sociales, grupos o individuos. De la fragilidad del valor de ciertas ideas frente al poder irracional de la violencia. Del capital humano e incluso financiero que representa el control de esta Universidad, la UNAM, una de las más grandes del mundo.

Todo esto, que por supuesto no surgió en 1968, sí se hizo presente, obviamente, a partir de entonces. Muchos lúcidos profesores de Ciencias Políticas, advirtieron antes lo que podía pasar, a dónde conducía el camino tomado por la sociedad mexicana, como resultado de sus contradicciones. Hay que releer con esos ojos, los de 1966, 1967, *La Democracia en México* de Pablo González Casanova, el libro más importante escrito en México en los últimos 30 años, *El Gran Viraje* de Enrique González Pedrero y los excelentes artículos de Víctor Flores Olea y Francisco López Cámara en la revista *Espejo*. De eso hablábamos en los pasillos de Ciencias Políticas en esos años. Por eso la actitud de Políticas en su conjunto fue diferente a la de otras Escuelas y Facultades.

Muchas acusaban a la mayoría de los estudiantes de Políticas de "tibios" reformistas, cuando algún representante de ella se oponía a las medidas radicales, extremistas, provocadoras. No quiere decir que no las haya habido también, pero me refiero al conjunto, al clima de la escuela en esos acontecimientos. Si en algún lugar se demandó desde el principio el diálogo fue ahí; si en un lugar alguien advirtió hasta dónde podría conducir la paranoia y la inseguridad presidencial de Gustavo Díaz Ordaz fue en Políticas. Si en un sitio maestros y alumnos

pasamos horas y horas discutiendo cuál era el mejor camino fue ahí. Ciertamente, esto se daba en otras escuelas pero nosotros lo habíamos comenzado antes y por eso, consecuentemente, ahí no hubo grandes rupturas después de 68. Por eso fácilmente los militantes de 68 se convirtieron en profesores e investigadores, en las autoridades de su Facultad, sin pasar por los desgastados procesos de otras escuelas universitarias.

Si uno piensa quiénes eran los líderes más radicales de ese movimiento, no los va a encontrar en la Facultad de Ciencias Políticas; son los del área de Ciencias, de Ingeniería, etcétera, los más carentes de información política y social, los más alejados de la vida cotidiana, a quienes de repente el movimiento les descubre un país más allá de sus laboratorios.

Los estudiantes de Políticas en 68 fuimos como los demás; participamos en asambleas, hicimos brigadas, volanteamos, nos enamoramos varias veces durante el movimiento, nos soñábamos dueños de la sociedad (no del poder y esto habría que explicarlo en otro artículo). Sobre todo pensábamos que podíamos cambiar el rumbo de la historia. Pero sabíamos que solos no haríamos sino muy poco y que la conquista de esos espacios se hacía en otros terrenos. Pero no por eso dejamos de correr felices tomados de la mano gritando “México, México”, no para aplaudir a un equipo de las Olimpiadas, sino para conmover a un país que parecía olvidar su nombre, su historia; nunca la solidaridad había sido tan real como el día en el que el Rector Javier Barros Sierra nos encabezara ordenadamente a protestar. Nunca el Zócalo había sido tan luminoso como el 27 de agosto, nunca tuvimos tanto miedo como el 2 de octubre y nunca estuvimos más solos que el 12 de octubre cuando otros mexicanos, la mayoría hay que decirlo, olvidaban en el Estadio de la Ciudad Universitaria la existencia de la plaza de Tlatelolco.

Luego nos empeñamos en recuperar lo posible, los compañeros encarcelados, nuestras escuelas en manos del ejército, la organización estudiantil que habíamos conseguido. Todo se pudo poco a poco, dependiendo ya de otros factores, salvo la organización, salvo el sueño que como bien dijera John Lennon “había terminado”.

Desde entonces la realidad es otra, como decía al principio. Pasó 68 en París, en Praga y en México. Desde entonces el reto es distinto y nosotros tuvimos que crecer y asumir como ciudadanos lo que pensábamos y creíamos.

No sé si lo hemos logrado todos los que en los pasillos de Políticas paseábamos y discutíamos lo que en sus aulas aprendíamos, pero estoy cierto de que en esta Escuela han de surgir ideas y propuestas para un México mejor, esa convicción no ha desaparecido.... los estudiantes de hoy seguirán —igual que nosotros— buscando y preguntando hasta hallar las respuestas que ya no están en el viento.